

Crítica / Teatro

La lucidez de la locura

Eva Vallines



"Los limones, la nieve
y todo lo demás"
"Matarile Teatro"

Creación e interpretación:

Mónica García y Ana Vallés

Iluminación y espacio sonoro:

Baltasar Patiño

Plaza de Trascorrales, sábado 14 de julio

El arte escénico necesita espacios experimentales donde poder ver propuestas como la de "Matarile" y "Los limones, la nieve y todo lo demás". La poca o nula consideración que se le presta en las programaciones habituales a este tipo de teatro —al menos en Asturias— le da un carácter excepcional que inhibe su desarrollo armónico. Por eso cada producción se presenta como un frente beligerante entre dos bandos, entre dos maneras irreconciliables de entender la escena. Teatro dramático versus teatro postdramático, con sus variantes dionisiacas o conceptuales, como trincheras de guerra que yo nunca he entendido bien.

El teatro de "Matarile" requiere de un espectador libre de prejuicios. "Si el espectador no necesita informaciones argumentales cuando se sitúa ante una obra plástica o ante otros estímulos artísticos, ¿por qué iba a necesitarlas ante una experiencia escénica?", afirma Vallés en una entrevista. También para hacer la crítica de un espectáculo de estas características es preciso renunciar a parámetros de enjuiciamiento racionales y dejarnos seducir por la fuerza y belleza de las imágenes. Ana Vallés, alma máter de la compañía y la coreógrafa avilesi-

na Mónica García idean y ejecutan este hermoso dúo en un espacio blanco minimalista, con la única presencia de unos limones, unos versátiles taburetes y una minúscula hilera de árboles casi imperceptibles. Dos fieras escénicas que se descoyuntan ante nuestra mirada en un verdadero prodigio dancístico al ritmo de "Everybody's looking for something" de "Eurythmics", que les sirve de leitmotiv de la pieza, concebida como espacio de búsqueda. Las intérpretes, con un dominio técnico excelente, investigan sus cuerpos, se fusionan, se despeinan, se enfrentan y exploran sus recovecos, en un complicado tetrís corporal. Hay algo de sumo y de tauromaquia, en contraste con su delicadeza de movimientos. Es precioso el solo de Mónica maniatada por la camisa

Las intérpretes, con un gran dominio técnico, exploran sus recovecos en un complicado tetrís corporal

blanca que se quita, evocando la disyuntiva entre la locura y la razón. Vallés desconfía de las palabras y así lo explicita en sus parlamentos, propios de la codificación que el teatro postdramático hace de la palabra, como un elemento más de la escena en una relación nada jerárquica con el resto. "Quizás haya llegado el momento de callarnos", afirma la Vallés con un zorro disecado en brazos. De nuevo las imágenes poderosas. Mónica irrumpe con un vestido blanco como un bello animal en la nieve, arrastrada por su cabello en un solo de torsiones y distorsiones que cautiva al espectador, con su cuerpo cobrizo contrastando con el níveo cuerpo de Ana. Una gacela herida que nos

lleva a su territorio, se desmelenan y embadurnan de limón mientras reflexiona sobre el deseo.

La pieza está salpicada de comentarios acerca de los viajes vitales y la "podredumbre radical", enfermedad de los árboles que sirve de metáfora de la sociedad actual. Citas de Thoreau y la vida "de tranquila desesperación" que llevamos, alusiones a Nietzsche y su momento de empatía con un caballo maltratado en Turín, la "ética de la mala conciencia" que predomina en Europa y referencias al empeño de Bolaño por romper la dicotomía entre fantasía y realidad. Todo ello no exento de humor, ese humor naïf que caracteriza la escena performativa, condimentada con las más "sesudas" reflexiones emitidas con un tono irónico y distanciadador. A la disyuntiva retórica que plantea Ana Vallés de si preferimos la lucidez de la locura o el consuelo de la belleza, el público optó por la lucidez de la locura. Aunque mi querido amigo Díaz-Faes se habría decantado por la belleza de la locura y el consuelo de la lucidez, y conociendo su creativo sentido del humor hasta con el título habría hecho un haiku libre: los limones / en la nieve / sorbete de todo lo demás.

Y para finalizar, la nieve, que cae pura y hermosa sobre nuestras cabezas inundando el escenario con una poderosa imagen, que contrasta con los abrigos de color púrpura, cual sangre coagulada, y mil luciérnagas que siembran el suelo de luces mágicas. El blanco aséptico conseguido por la iluminación led de Baltasar Patiño nos acaricia y reconforta. Una atractiva y sugerente propuesta en la Antigua Plaza del Pescado, que es una pena que no la hayan provisto de gradas laterales para que más público disfrutase de la representación. Los que estaban aplaudieron con entusiasmo.